

# Castálida

Literatura · Expresión Visual

AÑO 2 · NUEVA ÉPOCA · NÚMERO 7 · PUBLICACIÓN SEMESTRAL

**Crónica: bocacalle de literatura,  
historia y periodismo**

José Luis Herrera Arciniega, Patricia Ramírez  
Ángeles y Rodrigo Sánchez Arce

Textos de Mauricio Carrera, Oscar  
"Puky" Gutiérrez, Bersaín Lejarza  
Abelleyra y Sandra Uribe Pérez

Gráfica de César Guzmán "Celacanto"  
y Tania Contreras

Ilustraciones de Maite Rodríguez





Delfina Gómez Álvarez  
Gobernadora Constitucional

Nelly Minerva Carrasco Godínez  
Secretaría de Cultura y Turismo

Nelly Minerva Carrasco Godínez, Paulina Moreno García,  
Miguel Ángel Hernández Espejel, Nalleli Gómez Castillo  
Consejeros

Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras  
Comité Técnico

## Castálida

Literatura · Expresión Visual

### Consejo Editorial

Blanca Luz Pulido  
Mariana Bernárdez  
Cristina Rascón  
Beatriz Escalante  
Félix Suárez  
Alfonso Sánchez Arceche

### Equipo Editorial

Dirección  
Rodrigo Sánchez Arce

### Corrección de estilo

Patricia Ramírez Ángeles

### Diseño editorial

Renata Alejandra Martínez Lechuga  
J. Daniel Pichardo Vargas  
Juan Carlos Cué V. (tipografía)

### Ilustraciones

Maite Rodríguez Treviño

### Fotografías

César Humberto Guzmán Vázquez  
Tania Beatriz Contreras Rodríguez

Hecho en México / Made in Mexico

### Edición digital

Castálida Literatura Expresión Visual, año 2, nueva época, número 7, julio-diciembre de 2023, es una publicación semestral editada por la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, bulevar Jesús Reyes Heróles núm. 302, delegación San Buenaventura, Toluca, Estado de México, C. P. 50110, teléfono: 722 274 12 66, página web: <foem.edomex.gob.mx>, correo electrónico <sc\_ajceape@edomex.gob.mx>. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2022-052311350200-102. ISSN: 2992-6890, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido No.: 17486, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal CE: 226/09/74/23. Distribuida por la Secretaría Ejecutiva del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, Pedro Ascencio núm. 103, colonia La Merced, Toluca, Estado de México, C. P. 50080. Este número se terminó de editar en noviembre de 2023.

Las opiniones expresadas en las colaboraciones son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan necesariamente el punto de vista del CEAPE.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

# Sumario

El innegable valor de la crónica	5
<b>ALDABA</b>	
Cronos devora a sus hijos, pero, algo queda	7
José Luis Herrera Arciniega	
La crónica periodística: realidad pulida con literatura	16
Patricia Ramírez Ángeles	
La crónica histórica en nuestros días	25
Rodrigo Sánchez Arce	
<b>ZIBALDONE</b>	
César Guzmán “Celacanto” Tania Contreras	33 56
<b>CUARTO DE ESCRIBAS</b>	
La envidia. Aforismos	69
Mauricio Carrera	
Segundo deseído Turismo de vos	70 72
Oscar “Puky” Gutiérrez	
Inventario 85 Fiebre	75 75
Bersain Lejarza Abelleira	
Sobre las pérdidas Contemplación	76 76
Sandra Uribe Pérez	
<b>Semblanzas</b>	77





## El innegable valor de la crónica

A propósito de la crónica, Juan Villoro escribió:

Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la voz de proscenio...

La crónica puede ser indefinible pero es innegablemente valiosa para diversas disciplinas. Con el fin de reconocer sus aportes, en este número de *Castálida* se realiza un acercamiento a ella, apenas un asomo a lo que es y a algunas de las funciones que cumple en la historia, la literatura y el periodismo; en ese sentido, la lectura de los tres textos que componen “Aldaba” —de la autoría de José Luis Herrera Arciniega, Patricia Ramírez y Rodrigo Sánchez Arce— reafirman las palabras de Juan Villoro al referirse a este género

como el “ornitorrinco de la prosa”, cuya inasibilidad conceptual permite también cierta libertad al cronista, quien la usa de variadas maneras para comunicar, conmover o informar. En los textos, el lector podrá encontrar un poco de la práctica y teoría de la crónica, así como de algunos obstáculos que se presentan para desarrollarla.

En “Zibaldone” se integra la crónica visual de una tradición de la mixteca: la preparación del mole de caderas; a través de la fotografía documental de César Guzmán “Celacanto” y la fotografía periodística de mujeres de Tania Contreras, ambos reafirman la importancia del registro y de la perspectiva; en cada imagen se observan detalles de actividades controversiales filtradas por la lente y ante cuya resultado el espectador, innegablemente, construye una postura.

Para finalizar, “Cuarto de escribas” integra textos de diversas latitudes y generaciones; Mauricio Carrera, Óscar “Puky” Gutiérrez y Sandra Uribe Pérez ofrecen un abanico de posibilidades estilísticas en las que el lector encontrará poesía y narrativa disímil pero en comunicación, en tanto conviven en el terreno de la creación.

A lo largo de todo el número de la revista se observan ilustraciones de Mai Rodríguez, iconografía que acompaña al lector y juega un papel fundamental en la composición de sus páginas.

Bienvenidos a *Castálida* número 7.

## Cronos devora a sus hijos, pero, algo queda

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

**1.** Por insondables, misteriosas, inescrutables razones, la versión inicial de mis *ear worms*, en los minutos previos a la ablución cotidiana —la imprescindible y purificadora ducha—, tiene nombre y apellido y, además, letra, cuyo comienzo acierto a recordar “Soy del color de tu porvenir/me dijo el hombre del traje gris...”

*Ear worms* o gusanos auditivos: se presentan cuando *dentro de tu cabeza* suena una canción o una música, o parte de ella, de manera recurrente y sin venir a cuento. Se te queda pegada, no te la sacudes durante un buen rato, a menos que la sustituyas con otra. Me ocurre todo el tiempo. Prefiero llamarlos gusanos en el oído.

Así esta mañana, a punto de dar el comienzo oficial al día, que no empieza si antes no me he preparado la primera jarra de café, a sabiendas de que despierto, despierto, lo estaré sólo después del intento de purificación bajo el agua de la regadera. Este proceso debe ser breve, luego cualquiera se engolosina con las caricias del líquido caliente como para pelar pollos. Si se lleva música al cuarto de baño, conviene elegir una canción y tomarla como referencia para que el tiempo bajo la regadera no exceda, o no por mucho, lo que dure la canción.

Por eso debí escuchar el *track 7* del disco *El hombre del traje gris*, publicado en 1988 y que fue el primero donde Joaquín Sabina se asoció con Antonio García de Diego y Pancho Varona, trío creativo que poco más de tres décadas después habría de disolverse, no sin antes haber producido las obras más relevantes del trovador ubedense. Por supuesto, si escuché “Nacidos para perder” mientras me bañaba, fue utilizando el celular.

El misterio de la aparición de ese tema como pieza estelar de los mañaneros gusanos en el oído explica el porqué precisamente “Nacidos para perder”, si en realidad llevo años que no escucho





no esa canción o disco, sino al mismo Joaquín Sabina. Me ha pasado de manera contundente: músicos que en mis años veinte y treinta no me decían mucho, sino todo, hace tiempo que dejaron de decirme nada. Ejemplos: Silvio, Pablo, el propio Sabina. ¿Cuándo fue la última vez que busqué un disco de ellos? Les ha ido mejor a Amaury Pérez, quizás el más romántico de la nueva trova, a Sara González y Pedro Luis Ferrer, igualmente cubanos, y al mismo Joan Manuel Serrat, porque de vez en cuando los recupero. No muy seguido. El único perenne en mis escuchas es Litto Nebbia.

Volví a Sabina. Pensando en los menesteres del día: el inicio del fin del semestre, las últimas clases, las inminentes evaluaciones; el aseo de la casa, el cuidado de los perritos; las vicisitudes de Patricia en sus chambas; la invitación de C... (una sabiniana de tiempo completo, ¿será por eso?) a una decisión laboral, atípica a estas alturas; la procrastinada escritura de este texto, lo mismo que ciertos trámites administrativos que de suyo me paralizan y que de cualquier forma hay que hacer, en el orwelliano mundo de la burocracia nacional, quierase que no...

Dijo Sabina de manera pública en 1988: Devuélveme al camino del Sur/al país de la ni-

ñez/donde uno y uno sumaban tres... Pero no sería suficiente y, además, con Francisco Umbral, no soy freudiano. Aunque, como cantó hace tanto tiempo Silvio: “qué maneras más curiosas de recordar tiene uno”.

2. Pasada la una de la tarde del domingo 21 de octubre de 2023, en un pabellón de la Feria del Libro en el Zócalo, Julio Hernández López pregunta a Arturo Cano: ¿qué es ser cronista?, ¿qué aporta la crónica periodística? Quizás más conocido como Julio Astillero, el también columnista político del diario *La Jornada* lleva tiempo transmitiendo, con un canal propio y con amplias audiencias, a través de las redes cibernéticas. En la fecha citada, acudió al Zócalo capitalino para dialogar en público con la mayor parte de los periodistas y especialistas que suelen participar en su espacio *Astillero informa*. Ahí expresó el par de interrogantes a Arturo Cano, este mismo también reportero de *La Jornada*, que dio la siguiente respuesta:

En el medio periodístico es común que existan colegas que cuando ven una nota bien escrita, una historia bien contada y ellos no gozan de una pluma privilegiada, por decirlo de una

manera suave, [se quejen] de ah, poema mata nota; no, eso es pura literatura, no es la información dura. Antaño los cronistas eran las estrellas de los periódicos. Es un género que ha venido a menos por el trato de los grandes medios hacia los cronistas, digamos. ¿Hay alguna forma en que se haya contado mejor la erupción de un volcán que la crónica de José Revueltas? Yo no creo. Una crónica que comienza diciendo: “Dionisio Pulido, el único ser humano que puede jactarse de ser dueño de un volcán, no es dueño de nada”, y a partir de ahí empieza a contar la historia del hombre en cuyos terrenos nació el volcán Parícutín.

Por desgracia en los últimos años, sobre todo en los grandes medios, la crónica ha caído en desuso, ha sido un género maltratado y existen muchos jefes en los medios convencionales que le dicen a los reporteros, como pidiéndoles un trabajo extra, pues por ahí te haces la nota de color, cuando antes la crónica se suponía que era el género mayor del periodismo. Solamente los periodistas más formados, más hechos, con mayor trayectoria, experiencia y conocimiento eran llamados a hacer una crónica porque se supone que en este género se reúnen todos los

demás géneros del periodismo. Tiene cosas de la nota informativa, del reportaje, porque es una pieza periodística que ofrece información y que también relata hechos a la manera de quien narra un cuento, de quien narra una historia.

Me atrevo a añadir a lo dicho por el cronista Arturo Cano: el tronco de la crónica se enraiza con el periodismo, con la historia y con la literatura.

3. El 20 de febrero de 1943 hizo erupción, en el estado de Michoacán, el Parícutín, que además del honor de convertirse en el volcán más joven del continente, entre otros efectos tuvo el de la desaparición de los poblados purépechas de Parícutín y San Juan Parangaricutiro. Una historia de hace ochenta años.

En calidad de enviado del diario *El Popular*, José Revueltas acudió a la zona del siniestro unas semanas después de la erupción, resultado de lo cual fue su escrito “Visión del Parícutín. Un sudario negro sobre el paisaje”. Su primer párrafo, el parcialmente citado por Arturo Cano líneas arriba, tiene dimensiones de eternidad:

Dionisio Pulido, la única persona en el mundo que puede jactarse de ser propietario de un volcán, no es dueño de nada. Tiene, para vivir, sus pies duros, sarmentosos, negros y descalzos, con los cuales caminará en busca de la tierra; tiene sus manos, totalmente sucias, pobres hoy, para labrar, ahí donde encuentre abrigo. Sólo eso tiene: su cuerpo desmedrado, su alma llena de polvo, cubierta de negra ceniza. El cuiyútziro —águila, quiere decir en tarasco—, que fuera terreno labrantío y además de

su propiedad, hoy no existe; su antiguo “plan” de fina y buena tierra ha muerto bajo la arena, bajo el fuego del pequeño y hermoso monstruo volcánico.

4. En los meses de marzo a julio de 1999, trabajando como reportero de un diario y una estación radiofónica de la capital del Estado de México, cubrí informativamente la campaña política de Arturo Montiel Rojas, quien a la postre se convirtió en gobernador mexiquense. En esa etapa yo había acumulado 18 años de actividad periodística continua, alternada en periódicos, revistas, estaciones de radio y oficinas de prensa de diverso calibre. Había realizado toda clase de coberturas, pero me di cuenta de que nunca había reportado ninguna campaña política, sino de una manera tangencial, incluyendo las presidenciales de 1982 y 1988.

Yo mismo cerré, en febrero de 1999, mi ciclo burocrático en el gobierno, habiendo renunciado a funciones informativas institucionales. Quería evitar las consecuencias del inminente cambio en la administración local, por lo que decidí, como había hecho en otras ocasiones, volver a mi oficio de “reportero de a pie”, pero con la intención específica de, entonces sí, cubrir de lleno una campaña, que imaginaba iba a resultar intensa.

Dentro del *pool* de prensa habitual en esas jornadas proselitistas —que me permitieron completar, así fuera fugazmente, un recorrido por todas las regiones del Estado de México—, registro como una de las presencias más constantes la de Israel Dávila Hernández, joven reportero egresado de la Escuela de Periodismo Carlos Septién, de origen chilango pero que había llegado a la ciudad de Toluca en busca de

oportunidades que no le estaba dando la capital del país.

Con el tiempo, Israel Dávila iba a convertirse en el corresponsal de *La Jornada* en Toluca, responsabilidad que mantiene hoy en día, pero en los días de la campaña política de marras trabajaba en el efímero medio *Liberación*. Éste fue, sin duda, un buen periódico, aunque era obvio que formaba parte de un proyecto político que no comulgaba con la candidatura montielista, por lo que, luego del cambio de gobierno, desapareció. No obstante, mientras circuló, fue una muestra de buen diseño gráfico y de cuidado en el lenguaje periodístico, así como en el manejo de información diversa en sus distintas secciones, que incluían una dedicada a reportear en serio sobre el ambiente cultural en el Estado de México.

Cubrir una campaña política a nivel estatal puede resultar atractivo, aunque en la práctica suele ocurrir que su seguimiento implica un desgaste inevitable, por los largos recorridos en horarios siempre cambiantes, la repetición de las anticuadas movilizaciones de las otrora llamadas “fuerzas vivas”, la reiteración de clichés en el discurso proselitista, entre otros factores, sin olvidar que una elección no sólo se gana con una campaña, sino que hay otros intrínquilis, sin duda subterráneos, a los que los reporteros no necesariamente tienen acceso. Rutinarias o con episodios que denoten algo de novedad informativa, también se espera que una campaña haga perder a uno la poca inocencia que todavía le quede en materia de picaresca política. Más o menos.

Muy joven, el compañero Israel Dávila no era demasiado inocente. Todo lo contrario, tenía buen olfato periodístico y había obtenido un

excelente entrenamiento en la precampaña de meses antes, cuando varios personajes priistas habían intentado, algunos simulando, ganar la candidatura a Arturo Montiel. Además, era el enviado de *Liberación*, lo cual le daba un margen de mayor postura crítica, comparado con otros medios.

A veces, Israel exclamaba: “aquí hay una crónica”. Ello significaba que, al día siguiente, en las páginas de *Liberación* se iba a publicar eso, una crónica, sobre algún hecho interesante registrado durante la jornada. El trabajo de este reportero era correcto y completo, al presentar en diversas notas informativas su resumen de cada día en campaña, pero había esas ocasiones en que derechamente lo señalaba: “aquí hay una crónica”. Y trascendía los límites de la ortodoxia de la noticia, para contar una historia, que esto es, después de todo, una crónica.

Si no siempre anunciaba el reportero Dávila que iba a escribir una crónica, debe inferirse que no todo es “cronicable”, ni siquiera una campaña política a la vieja usanza.

5. En contraste con la postura del compañero Dávila Hernández, yo tenía el empeño personal de, a como diera lugar, redactar una crónica alusiva a algún episodio más o menos relevante de la jornada. No era tan fácil, entre otras razones porque jamás pretendí convertirme en jilguero oficial de la candidatura tricolor. En cambio, buscaba reflejar el ambiente, la presencia de las masas y de individuos concretos, personajes públicos o desconocidos, más lo que pudiera ver del rejuego político, dado que, además de la campaña mexiquense, estaba también en disputa la candidatura priista a la presidencia del país, al final perdedora, en la elección de 2000.





Dado que no trabajaba para *Liberación* sino para otros medios más bien conservadores, mis límites eran más estrechos, pero lo intenté, fui el reportero que cubrió casi completa la campaña, con un par de jornadas en que me ausenté por tener otras órdenes de trabajo. Digamos que sí conseguí redactar una crónica por día. No sé si obtuve el resultado que esperaba, ahí está la hemeroteca para quien tenga algo de curiosidad. Sin embargo, la escritura de 63 crónicas fue la base de lo que, a mediados de 2000, fue mi trabajo de titulación como licenciado en ciencias de la comunicación, carrera que tuvo para mí un carácter instrumental para sacarme la espina de no haber concluido mi instrucción universitaria oportunamente, por estar dedicado a mi sustento a través del ejercicio periodístico. Vieja historia, también y por suerte.

6. En realidad siempre busqué escribir crónica. Mi primer intento formal fue, *circa* 1982, la columna *Desde la silla*, que propuse al profesor José Luis Flores Sánchez, mi primer jefe en el hace muchos años desaparecido vespertino toluqueño *El Noticiero*. Se trataba, además, de crónica parlamentaria, cuando cubría las sesiones públicas de la Legislatura del Estado de México. Tenía un modelo específico: el escritor gallego

Wenceslao Fernández Flórez, que, al sustituir a *Azorín* en el periódico madrileño *ABC*, publicó el 3 de octubre de 1916 la primera de sus *Acotaciones de un oyente*, con la que atrajo la atención de los lectores españoles, empezando por el entonces rey Alfonso XIII.

La obra de Fernández Flórez fue más significativa para mí que las crónicas deportivas que de seguro leí durante parte de mi niñez y juventud, dado que mi padre, reportero deportivo en medios de la Ciudad de México, las escribía regularmente. Pero el deporte me ha resultado indiferente, fuera de que por herencia paterna le voy a los Pumas y deseo fervientemente que siempre derroten al América —lo cual no siempre sucede—. También le voy a los Diablos Rojos del México y a los Vikingos de Minnesota, no pregunten por qué.

Ya en plan cuasi académico, hube de buscar y encontrar varias definiciones de lo que es la crónica, en los varios manuales de periodismo que hay en el mercado editorial, a partir de los cuales conocí su clasificación como género híbrido, es decir, en el cual se puede informar y opinar al mismo tiempo. Y en algún lado localicé la que me ha parecido la definición más de batalla: la crónica es la narración enjuiciada de un hecho.

No está de sobra recordarlo: lo que hace interesante a una crónica es que cuenta el *cómo* sucedió un hecho y a veces el *porqué*. Es el sabor, el registro de los sucesos, las interpretaciones personales, no perjudicadas por ese rigorismo de objetividad que se exige al periodismo, a sabiendas, todos, de que quienes ejercen este oficio son sujetos de carne y hueso. Es el estilo, es el contar las cosas, armar una historia.

(Repaso la egoteca y confirmo que más o menos la tercera parte de los libros que he publicado son de crónica, sólo superados en número por los de narrativa.)

7. Juan Villoro es, entre varias condiciones, un excelente cronista. La prueba está en libros como *Palmeras de la brisa rápida. Un viaje a Yucatán*, de 1989; 8.8: *el miedo en el espejo*, sobre el terremoto en Chile el 27 de febrero de 2010, que sufrí presencialmente, y entre otros más, *Dios es redondo*, de 2006 y *Balón dividido*, de 2014 (evidentemente, a Villoro sí le interesa el deporte).

Empero, lo que disfruto más de sus crónicas son las que él denominó como “imaginarias”, ejemplo de lo cual sería *Tiempo transcurrido*, publicado en 1986 y que incluye 18 textos dedicados a presentar hipotéticos escenarios, con jóvenes como protagonistas, de lo que fueron los años a partir de 1968, uno a uno, hasta llegar al de los terribles terremotos metropolitanos.

Redondeo el concepto de lo que sería una crónica imaginaria de acuerdo con la visión del propio Juan Villoro: “son cuentos escritos por la realidad”.

Y así como Alfonso Reyes habló del ensayo como “el centauro de los géneros”, otra aportación de Villoro es haber llamado a la crónica “el ornitorrinco de los géneros”.



8. Las crónicas del compañero Israel Dávila en *Liberación*, pero también las de otro cronista y también periodista, toluqueño en este caso, el sociólogo José Luis Cardona —este último publicó una buena cantidad en diarios locales en los años ochenta del siglo pasado— son materia de visita a la hemeroteca. Es lo natural si se piensa en que la crónica es uno de los géneros periodísticos más esenciales y por ende corre el riesgo de la vida efímera de un periódico diario. Aunque también son documentos que quedan, que se preservan o que deben preservarse, para contar a la posteridad cómo ocurrieron determinados hechos, cómo fueron otras épocas.

Hay, sin duda, un origen, un nexo entre historia y crónica. Tengo para mí como la mejor frase de *Vidas de los doce cesáres*, de Suetonio, la siguiente, en la parte dedicada a las obras y hechos del celeberrimo y enloquecido emperador Calígula: “Hasta aquí hemos hablado de Calígula como de un príncipe, réstanos referirnos a él como a un monstruo.”

9. Por supuesto, en repetidas etapas abrevé en el volumen *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, de 1980, de Carlos Monsiváis, cuya nómina es bastante representativa: desde Manuel Payno, Francisco Zarco, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Novo, José Alvarado, hasta llegar a José Joaquín Blanco, Jaime Avilés, Juan Villoro, Fabrizio Mejía Madrid, pasando por Julio Scherer y Ricardo Garibay (¡ah, el gigante cronista que es Garibay!), entre otros.

Y he leído a cronistas mexiquenses. Sin agotar la nómina, cito, en Toluca, a autores como Rodolfo García Gutiérrez, Javier Ariceaga, Luis Antúñez Rebollar, Rubén Rivero, al médico Omar Ménez y a Alfonso Sánchez García, el profesor Mosquito, delicia es leer su *Toluca del chorizo. Apuntes gastronómicos*, que data de 1976, no sólo por el tema alimentario, sino porque se muestra el singular estilo de contar historias de quien fue formalmente el primer cronista de Toluca y uno de los pioneros de la historiografía del Estado de México.

Los hay en otras regiones: Moisés Zurita, en Texcoco, desde la cotidianidad chapinguera. Y en Nezahualcóyotl, Germán Aréchiga Torres, Eduardo Villegas Guevara más, claro está, Emiliano Pérez Cruz, entre quienes han escrito sobre el proceso de creación de la identidad “necense” en medio del polvo y del salitre.

Es cierto lo que apuntaba el reportero Arturo Cano: los grandes medios actuales no están dando el mejor trato a los cronistas. Pero nunca faltarán quienes sigan escribiéndola, sea a través de periódicos, en las “benditas redes”, en volúmenes nacidos ex profeso como libros de crónicas. El dios Cronos nos devora, pero siempre algo queda.

Cierro pensando por qué esta mañana, inopinadamente, apareció, en la forma de gusano en el oído, la voz de Joaquín Sabina desde un lejano 1988 con *El hombre del traje gris*. Quién sabe. Habrá que averiguarlo. O a lo mejor no es tan necesario.

Zinacantepec, Estado de México, 7 de noviembre de 2023.





# La crónica periodística: realidad pulida con literatura

PATRICIA RAMÍREZ ÁNGELES

El periodista no sólo debe estar en el momento preciso, sino elegir cómo contará el acontecimiento: la audiencia de un asesino o de un narcotraficante, una exposición de arte, una manifestación feminista o de trabajadores, la búsqueda de restos humanos, la recepción de un premio Nobel, el concierto del cantante de moda, la muerte de un ídolo, una carrera atlética. Si para transmitir la información elige la crónica, este género tendrá, además del armado formal, una investigación y un trabajo de mucho tiempo: un escrito con el rigor de la investigación, atildado con sensibilidad literaria.

De 1942 a 1943, el periodista checoslovaco Julius Fučík fue detenido por la Gestapo; ese año, mientras esperaba su muerte en la cárcel de Pankrác, Fučík escribió clandestinamente *Reportaje al pie de la horca*, donde refiere los hechos a los que fue sometido, las torturas y las condiciones de los detenidos. En la primera parte de su texto, publicado póstumamente, se lee:

Estar sentado en la posición de firme, con el cuerpo rígido, las manos pegadas a las rodillas, los ojos clavados hasta enceguecer en la amarillenta pared de esta cárcel del Palacio Petschek no es, en verdad, la postura más adecuada para reflexionar. Pero, ¿quién puede forzar al pensamiento a permanecer sentado en posición de firme? (Fučík, 1985: 5).

En México, el 30 de mayo de 1984, Manuel Buendía —considerado el maestro del periodismo de investigación— fue asesinado de cinco balazos en la espalda. Buendía dedicaba gran parte de sus columnas periodísticas y escritos a denunciar problemas sociales, a criticar al sistema político mexicano y a “revelar las





componendas de la ultraderecha mexicana” (CNDH, 2023); Buendía, en su conocido y, quizá en peligro de olvido *Manual del periodista*, escribió que quien ejerce el oficio tiene que *ser*, y *ser* no es otra cosa que publicar: hacerse oír (Buendía, 1996).

El polaco Ryszard Kapuściński escribió que un buen periodista se introduce a los hechos con inteligencia y sensibilidad, en lugar de defender la distancia y la objetividad (Kapuściński, 2005).

En fin, delimitar la crónica o adherirse a una de las numerosas posturas que la definen puede ser difícil, pero la voluntad de pensar y reflexionar que en algún momento tuvo Fučík, la necesidad de publicar de la que hablaba Buendía, y hacer un acercamiento inteligente y sensible al hecho, como lo consideraba Kapuściński, pueden ser algunos elementos relacionados con este “ornitorrinco de la prosa”, como lo llamó Juan Villoro (2006).

Rosa Beltrán (2016: 7) en la presentación de la revista *Crónica*, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, escribe que el cronista es un “testigo de su tiempo que ocupa la tribuna para debatir desde el yo su ideario político, artístico y afectivo”, así, el periodista utiliza este “formato” como herramienta narrativa para comunicarse de manera eficaz, tomando de la literatura algunos recursos de estilo y composición.

Para hacer una crónica periodística se requiere mirar con intención: qué detalle de una audiencia, de un terremoto, del paso de un huracán elegir; qué decir de un partido de fútbol, de un festival, de un concierto. El periodista selecciona un detalle que detona la búsqueda de lo que representa lo observado, luego buscará entender y generar una explicación a través de una inves-

tigación del caso; al final, una buena crónica contendrá la información suficiente para comunicar lo que sucede, responderá preguntas y tendrá una conclusión, será una historia construida con palabras cuidadosamente elegidas.

Escogerá también la perspectiva: urdirá una estructura narrativa para el lector que se vestirá con las herramientas y los recursos de la literatura que le sirvan. Describirá quizá espacios, imágenes y olores; compartirá su carácter de testigo.

Como menciona el periodista argentino Martín Caparrós:

La crónica es el género de no ficción donde la escritura pesa más. La crónica aprovecha la potencia del texto, la capacidad de hacer aquello que ninguna infografía, ningún cable podrían: armar un clima, crear un personaje, pensar una cuestión. ¿Hacer literatura? ¿Literaturizar? (Caparrós en Jaramillo Agudelo, 2012: 518).

Surge entonces la reflexión respecto a la delgada e incómoda frontera entre el periodismo y la literatura, que, al igual que el concepto de crónica, es también una vieja discusión cuyo único elemento irrefutable es que la primera no puede prescindir de la veracidad, la cual a su vez se presenta sin la rigurosidad de lo referencial, de lo mero informativo, y sí con la subjetividad de la elección del tema, del punto de vista desde el que se narra y de la información que se utiliza para comunicar.

La crónica, como manifestación del periodismo narrativo

se enfrenta con numerosos problemas de conceptualización [porque] no hay nada firme, no

hay siquiera una definición consensuada, una categorización acertada en los géneros periodísticos en general y por supuesto no hay un estudio exhaustivo de cómo se comporta y qué peculiaridades presenta en el periodismo narrativo (García Galindo y Cuarteto Naranjo, 2016).

Sin embargo, la crónica periodística ha reclamado sus espacios, más allá de aprovechar los que “la novela latinoamericana estaba dejando de lado”, como el mismo Caparrós dijo durante una charla en la Casa Universitaria del Libro (Cuevas, 2019), ha unido los recursos de la literatura para contar y el valor de mostrar una realidad muchas veces lacerante, especialmente cuando las historias son tan crudas como las que cuentan Alejandro Almazán en “Los Acapulco Kids” o Daniela Rea en “Justicia para Valentina: apenas el perdón”.

Alejandro Almazán, en mi opinión uno de los mejores escritores de crónica periodística en México en la actualidad, escribe en “Los Acapulco Kids” una lacerante crónica periodística de la pornografía infantil; la construcción de este texto se realiza con palabras alejadas de la objetividad referencial, en cambio muestran una situación:

La primera vez que Jarocho me ofreció a una niña por 300 pesos le dije que sí, que a eso había ido al Zócalo aquella noche. El tipo, que cuidaba autos frente al Malecón, se echó la franela al hombro y sonrió de tal manera que los dientes le brillaron en el oscuro rostro (Almazán, 2016)



El escrito de Almazán muestra cómo se opera la venta con fines sexuales de niños y niñas en el puerto, integra el testimonio de algunos de ellos y, por supuesto, añade la voz de personas que ofrecen datos duros a propósito del tema. Desde la mirada del periodista se muestra una realidad brutal que no pudo haber sido contada de distinta manera: ningún otro género periodístico habría sido capaz de lograr que —como señala Carlos Covarrubias, a propósito de dicha crónica— el lector sea uno al inicio de la lectura y otro al final (Covarrubias, 2023).

En otro texto compilado en el primer número de la revista *Crónica*, Almazán escribe “Carta desde la laguna”:

Nunca has caminado por el Cerro de la Cruz, pero por la manera en que el guía llama al lugar, *La Pus de La Laguna*, sabes que inspira miedo el mero hecho de nombrarlo. Apenas subas, te darás cuenta de que, en vez de trepar hacia el cielo, bajarás hacia el infierno. Pronto verás que los barrios son casuchas apeñuscadas en las laderas del cerro, reproduciéndose obscenamente como las cucarachas... (Almazán, 2016: 15).



La cita anterior ejemplifica que los recursos literarios son un medio para comunicar de manera más vívida lo que sucede pero haciendo ver, al mismo tiempo, que no se trata de una ficción, sino —parafraseando a José Revueltas en el prólogo a *Los muros de agua*— de una realidad ordenada y armonizada; el realismo de un buen reportero (Revueltas, 1960: 20).

Dice Roberto Herrscher en su libro *Periodismo narrativo* que en este oficio se puede crear un punto de vista y un personaje —éste no necesariamente es el propio periodista—; adicionalmente, el narrador tiene la posibilidad de integrar voces y perspectivas de testigos. En el caso de “Los Acapulco Kids”, las voces suenan de esta manera:

Entonces Mía me contó que ese nombre se le puso ahí un viejo, amigo de la patrona. A ella se le hacía muy estúpido, pero debía aguantarse. “Yo hubiera escogido un nombre como Esmeralda o algo así”. Era de Tierra Caliente, pero había llegado a Acapulco hace medio año para trabajar en un Oxxo, pero cuando le dijeron que en el Venus podía ganar 800 pesos al día mandó al diablo la idea de ser una cajera vestida con uniforme rojo con amarillo. “Ahí en el Oxxo iba a ganar como 50 pesos y a mí me gusta comprarme ropa”. Su mamá no sabe a qué se dedica y, si lo supiera, no le preocupa:

“Porque yo la mantengo a ella, a mi abuelita y a dos sobrinos; como mi papá se fue a California y nunca regresó, necesitamos el dinero” (Almazán, 2016).

La elección del discurso de Mía (entrevistada informalmente en la mesa de un bar con prostitutas en Acapulco) ofrece una perspectiva más amplia de la realidad y se plasma en un documento que éticamente no debe incluir ficción y responde a la convención técnica de las cinco preguntas básicas para contar una noticia: ¿qué?, ¿quién?, ¿cuándo?, ¿dónde? y ¿por qué?

Los temas de las crónicas son todos los posibles, dependerán de dónde ponga la mirada el periodista: quizá en el “blanco sulfúrico” del pelo de Nicanor Parra, según la visión de Leila Guerrero, o en Cirildo Chacarito, el abuelo



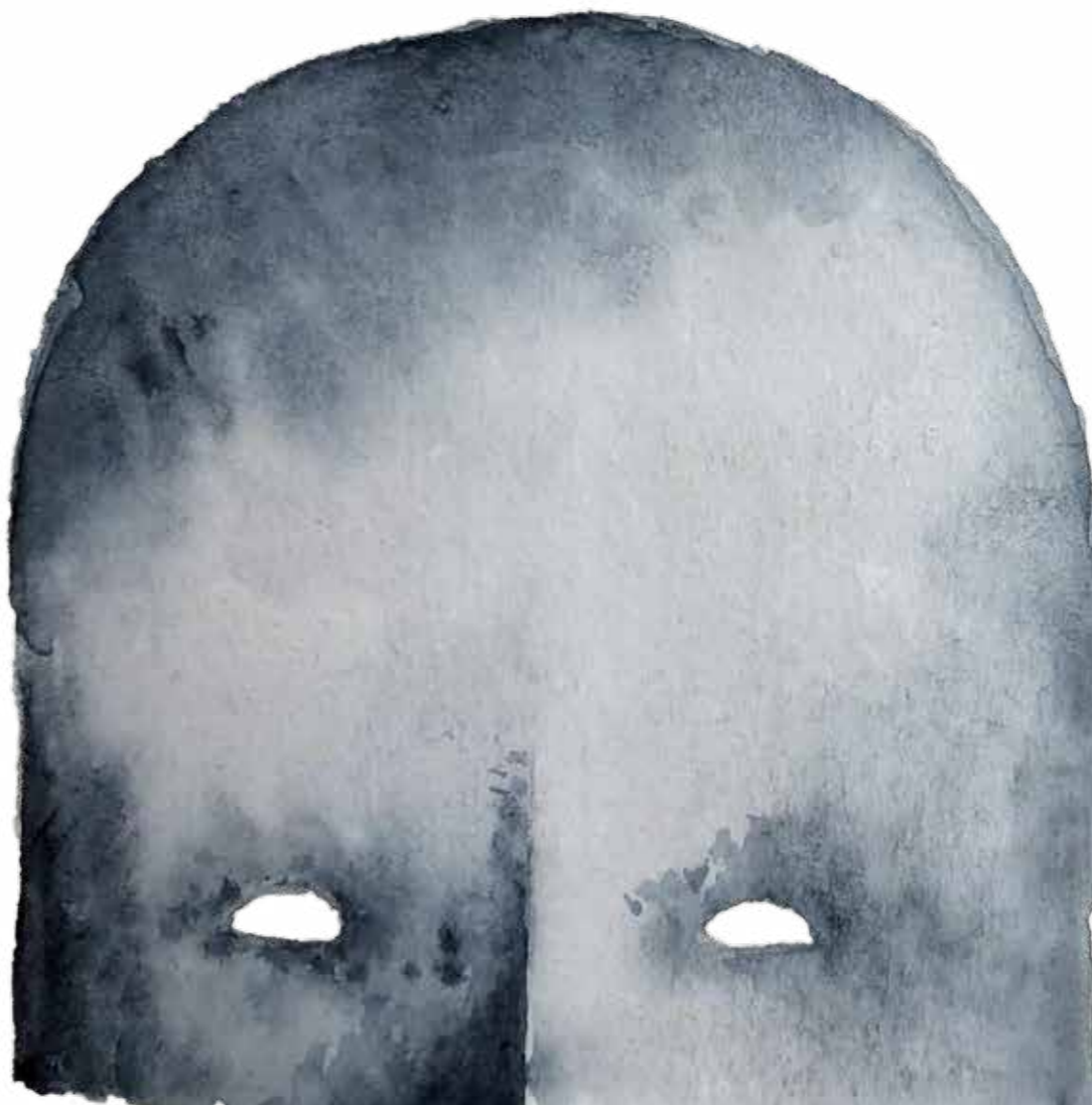
atleta tarahumara que corrió 160 kilómetros en 29 horas, 37 minutos y tres segundos, que captó la mirada de Marcela Turati, o tal vez en la “fuerza invisible” de la violencia sinaloense que percibió Magali Tercero; quizá en las razones de Julio César Mondragón y el caso de Ayotzinapa, de Miguel Ángel Alvarado... Son muchos quienes, sentados sobre la imprecisa frontera entre el periodismo y la literatura, han hecho y siguen haciendo escuela de la crónica periodística.

Por definición, el periodismo es una actividad social comprometida con la verdad y, en ese sentido, es una actividad imprescindible; sin embargo, para decirla, el cronista sólo cuenta con palabras, además, debe buscar medios para difundirla. Muchas crónicas luchan por sobrevivir a la inmediatez de las redes sociales y también se enfrentan a estructuras que buscan silenciar la verdad que guardan. Escribirlas es una labor de riesgo: en México —tal como el cronista Javier Valdez asesinado en Culiacán, Sinaloa— 162 periodistas han sido asesinados desde el 2000 hasta la fecha; 42 en el último sexenio.

Hay mucho que decir de este género que se arma de los recursos literarios para abrirse paso y para entrar más profundo, en torno a su creación también hay temas pendientes. Leila Guerrero dice que es un género que necesita tiempo para producirse y escribirse, así como mucho tiempo para publicarse; “pocos medios gráficos [...] están dispuestos a pagarle a un periodista para que ocupe dos o tres meses de su vida investigando y escribiendo sobre un tema” (Guerrero, 2016), en este sentido el auge arrasador de la crónica latinoamericana, afirma, puede no ser cierto. La crónica se escribe para ser leída y para ello requiere espacio y compromiso,

tanto de editores como de medios de comunicación para publicarse.

Hoy, la crónica periodística se disputa un espacio en un lugar y un tiempo poco favorables para la reflexión, pero existe y se construye con una voluntad como la de Julius Fučík, con un atrevimiento como el Manuel Buendía y, quizá, con mucha necedad, como la de tantos y tantos verdaderos periodistas cuya intención es trascender las palabras para conjurar lo efímero y, más allá, cumplir con la quizá utópica pero deseable función de un necesario periodismo responsable, veraz, transformador y libre.



## Fuentes consultadas

- Almazán, Alejandro (2016). “Los Acapulco Kids”. *Plumas libres*. <https://acortar.link/XzSaKx>
- Beltrán, Rosa (2016). “Presentación”. *La crónica*. núm. 1, Ciudad de México: UNAM.
- Buendía, Manuel (1996). *Ejercicio periodístico*, Ciudad de México: Fundación Manuel Buendía.
- CNDH (Comisión Nacional de Derechos Humanos) (2023). “Asesinato de Manuel Buendía Téllez G. Periodista crítico más influyente en la mitad del SXX, maestro del periodismo de investigación en México”, <https://acortar.link/rHl7mR>
- Covarrubias, José Carlos (2023). “Acapulco, el paraíso de los pederastas”. *La gaceta del Cusur*. 16(231), <https://acortar.link/T7pg5o>
- Cuevas, Arturo (2019, 21 de octubre). “La crónica periodística se hace cargo de la realidad más próxima: Martín Caparrós”, *Gaceta UNAM*, <https://acortar.link/xfVr9w>
- Fučík, Julius (1985). *Reportaje al pie de la horca*, Madrid: Akal.
- García Galindo, Juan Antonio y Cuarteto Naranjo, Antonio (2016). “La crónica en el periodismo narrativo en español”, *FAMECOS: mídia, cultura e tecnologia*, vol. 23 1-17, doi: <http://dx.doi.org/10.15448/1980-3729.2016.s.24926>
- Guerrero, Leila (2016). *Crónica*. núm 1, Ciudad de México: UNAM.
- Jaramillo Agudelo, Darío (2012). *Antología de la crónica latinoamericana actual*, Madrid: Santillana.
- Revueltas, José (1960). *Los muros de agua*, Ciudad de México: Era.
- Villoro, Juan (2006). “La crónica. El ornitorrinco de la prosa”, 22 de enero, *La Nación* <https://acortar.link/GGG51>



## La crónica histórica en nuestros días

RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

A menudo se confunden la crónica y la historia. En los cronistas existe la pulsión de relatar sólo hechos históricos al considerar que eso es la “verdadera” crónica, se olvidan entonces de vertientes como la narración de hechos cotidianos y actuales; por su parte, los historiadores tienen sus propios métodos y se manejan con rigurosidad académica —me refiero a la literalidad, conceptualización y argumentos propios del discurso histórico—, lo que, a veces, los lleva a escribir de forma poco amigable para el común de las personas —da la impresión de que muchos historiadores sólo escriben para sus colegas.

Más aún, cuando los cronistas incursionan en la historia, sus relatos pueden resultar poco académicos y, a la inversa, los relatos históricos pueden ser excesivamente teóricos y metódicos, perdiéndose la “gracia” de la narración. En suma, las relaciones entre ambos géneros siempre han presentado puntos de fricción y han generado no pocas insatisfacciones.

No obstante, lo anterior no impide que se encuentren puntos de equilibrio y existan entre historia y crónica, contactos afortunados. De hecho, podemos aceptar que la primera es la gran veta de la que echa mano la segunda y concordar con la máxima de que no hay buena crónica sin historia; de igual forma, que se agradece la historia erudita pero escrita de forma accesible, y que el propósito en ambas debe ser alcanzar el mayor grado de claridad y fluidez narrativa.

Hayden White considera que la crónica es el primero de los cinco niveles requeridos por el trabajo histórico —el resto son el relato y los modos de entramado, de argumentación y de implicación ideológica— (White en Matute, 1996: 713). Aquí ya se van acercando los dos géneros. Por lo regular, los historiadores se cuentan a sí mismos historias que después plasman en papel, por ello es sumamente importante que también realicen labor de di-



vulgación pues contar historias a otros les permite afinar sus conocimientos. Un maestro en el arte de contar la historia como si fuera crónica es uno de los historiadores más reconocidos del siglo XX: don Luis González y González.

Luis González no requería de mayor aparato crítico o notas a pie de página para narrar de forma enciclopédica temas como la evolución de la historiografía en México o la microhistoria de San José de Gracia, Michoacán —v. gr. *Pueblo en vilo* (El Colegio de México, 1968). Veamos las siguientes líneas de don Luis en un artículo de 1999: “La historia que nos rodea”:

En las últimas décadas, sin duda, la historia no ha sido el tema central ni la preocupación mayor de los habitantes de este país. Fuera de los cotidianos, el asunto más preocupante para nuestros compatriotas durante los años recientes ha sido el de la producción y las crisis materiales [...] Hoy tienen éxito aquellas disciplinas que se ocupan de cosas muy concretas y prácticas. En cambio, se derrumban el enciclopedismo y la filosofía en general [...] Quizá para defenderse mejor, las ciencias sociales han formado una especie de alianza entre sí. Se ha puesto de moda lo que se llama la interdisciplina, la ayuda mutua de las ciencias del hombre, de los conocimientos humanísticos (González, 1999: 17-18).

Así, los historiadores crean relatos que se parecen más a la crónica que a un ensayo científico y luego agregan teoría y conceptos para elevar el nivel del escrito. Por su parte, la crónica privilegia el registro de sucesos elementales, aunque notables, de algún ámbito —sobre todo local y comunitario—, un periodo de tiempo,

tema específico o personaje, todo lo cual depende más del estilo, ingenio, bagaje anecdótico y el lenguaje del autor. Por lo regular, los cronistas aspiran a elaborar monografías de sus ámbitos territoriales, y si bien éstas mezclan historia con el registro de cifras y datos, caen en desuso, pues éstos deben ser actualizados constantemente, lo cual es posible en publicaciones digitales, pero no en las impresas; encima, muchos datos ya están disponibles en internet, así sea de los pueblos más pequeños.

Tal vez por ello la crónica ha sido depreciada y despreciada en ciertos ámbitos. Véase lo que piensa Benedetto Croce sobre la crónica y su relación con la historia:

aquella se ocupa de los hechos individuales y privados, mientras que esta de los generales y públicos. La primera, de lo que no interesa, y la segunda, de lo que interesa [...] en la historia hay vinculación entre los hechos, mientras que en la crónica aparece la desvinculación. Aquella tiene un orden lógico y ésta —como su nombre lo indica— cronológico. Aquella busca lo íntimo de los acontecimientos, mientras que esta permanece en lo externo y superficial (Croce en Matute, 1996: 712).

Croce piensa que no son géneros complementarios o subordinados, más bien guardan “dos actitudes espirituales diversas” (Croce en Matute, 1996). Aunque el pensador italiano lleva muy lejos su crítica a la crónica —no intento echar a pelear géneros— muchas veces ésta es más interesante, coherente y lógica que la historia, la cual debe ser corregida constantemente a la luz de nuevas evidencias; como ha dicho, palabras más, palabras menos, la doctora Josefina

Zoraida Vázquez: siempre existe algo que uno ha escrito anteriormente y que debe ser revisado ahora. Estoy de acuerdo con la diferente “actitud espiritual” que tiene cada uno de los géneros y debo insistir en que, cuando hay conjunción de “espiritualidades”, los resultados pueden ser afortunados.

De esta forma, cada una puede contribuir de manera favorable al objeto de la otra. La historia aporta el saber fundamentado en fuentes originales e interpretaciones teóricas, a fin de conocer y describir mejor los hechos del pasado, mientras que la crónica ofrece un marco narrativo que permite arrojar luz sobre esos hechos pasados, con la posibilidad adicional de vincularlos con hechos presentes y la experiencia de vida de los escritores.

Más aún, la crónica permite comenzar a “ensayar la historia”. Con lo anterior pienso, sobre todo, en la historia de tiempos recientes, la más cercana a nuestro horizonte vital y que es la más complicada de elaborar, pues en ocasiones la cercanía temporal puede impedir una visión integral de los fenómenos a escudriñar. Es decir, la crónica ofrece la libertad necesaria para elaborar narraciones de acontecimientos cercanos en el tiempo y que incluso han vivido los propios escritores, como una especie de primer acercamiento —de ahí que piense en el término “ensayo”— a los hechos que, luego, la ciencia histórica, con más calma y mayor información, va matizando y corrigiendo.

Pienso, además, que si la crónica literaria ofrece la libertad para narrar fenómenos con un lenguaje cercano a la novela y al cuento, con mayor literariedad y con carácter atemporal, y si la crónica periodística permite narrar acontecimientos de coyuntura, del día a día, cotidia-

nos, con carácter inmediato y lenguaje llano y conciso; la crónica histórica se constituye como un punto intermedio entre ambas, que permite tratar el tiempo, digamos, de mediano plazo y con un lenguaje a caballo entre lo literario y lo periodístico.

Dicho lo anterior y, considerando que prácticamente en todas las épocas se ha hecho crónica histórica de acuerdo a los cánones de cada tiempo, es mi intención en este ensayo exponer algunos ejemplos de lo que, en mi opinión, son las tendencias editoriales en este género en nuestros días en México. No pretendo ser exhaustivo sino vislumbrar algunas regularidades en la práctica de la crónica histórica, considerando autores de forma individual, la edición de colecciones y series, entre otros parámetros, cuyos ejemplares se pueden encontrar actualmente en las librerías y contribuyen a renovar la visión que tiene al día de hoy sobre un género que se debe abrir paso en estos tiempos de contenidos digitales y redes sociales en los que predomina el entretenimiento rápido, fugaz y efímero.

\*\*\*

En el 2015, la periodista y escritora bielorrusa Svetlana Aleksievich recibió el Premio Nobel de Literatura. Entre sus principales obras están *El hombre rojo. La voz de la utopía*, *La guerra no tiene rostro de mujer*, *Últimos testigos. Los niños de la Segunda Guerra Mundial*, *Cautivados por la muerte*, *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*, *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro y El fin del “Homo Soviéticus”*.

Con la decisión de entregar el galardón a Aleksievich, la Academia Sueca rompió la ten-

dencia de las últimas décadas, de otorgarlo de manera predominante a narradores y, sobre todo, a escritores de novelas. Se dijo que la suya era literatura realista, de no ficción, una “prosa documental”.

Tal vez es todo eso, pero a la escritora también se le ha definido como cronista y, a partir de ello, es posible considerar a su escritura como crónica histórica, elaborada a partir de la realización de entrevistas a personajes que vivieron los más dramáticos acontecimientos de la era soviética. Con ello, la autora encontró una forma narrativa que combina el periodismo, la literatura y la historia, creando a su vez, dicen los expertos, un nuevo género llamado “escritura polifónica” o “novela de voces”.

No pretendo decir que, a partir de este premio, en el mundo se empezó a reconocer la valía de la crónica histórica, pero lo cierto es que en los últimos años han cobrado mayor importancia géneros fuera del canon narrativo y en los que, dice el escritor costarricense Francisco Rodríguez Cascante, se implica una escritura “que no circunscribe textos en moldes formales prefijados sino que [...] desarrolla un proyecto estético que propicia la mezcla, el juego de estructuras, la plasmación de imágenes”. Creo, entonces, que la crónica histórica contribuye a esa “descanonización”. Revisemos algunos ejemplos en nuestro país.

La cronista de la Ciudad de México —el cargo le confiere un estatus especial pues es equiparable a ser cronista de una entidad federativa, pero en las 31 entidades restantes no hay cronistas “estatales”—, Ángeles González Gamio, nieta del arqueólogo Manuel Gamio, es la cronista mexicana más importante de nuestros días.

González Gamio combina con maestría el arte de relatar las historias ciudadinas con hechos actuales y sugerencias para probar la gastronomía mexicana; cada domingo escribe su columna para el periódico *La Jornada* y, entre otros libros, ha publicado *Corazón de piedra: crónicas gozosas de la Ciudad de México*, *Tesoros y secretos de la Ciudad de México y algunas más*, *Mercados en la Ciudad de México* y *La ciudad que me habita: crónicas amorosas de la Ciudad de México*. Vale decir que es reconocida en todo el país y ofrece charlas en distintas ciudades, especialmente como integrante del Seminario de Cultura Mexicana, además de incursionar en medios con las series *Tesoros y secretos del barrio universitario* en TV UNAM y *Relatos e historias de México* en Once TV.

Otro cronista, no oficial, es Héctor de Mauleón. Este narrador y periodista, además de escribir relatos sobre las prácticas indecibles del crimen organizado y los narcos, elabora también crónicas históricas. Sus libros más conocidos son *El tiempo repentino. Crónicas de la Ciudad de México en el siglo XX*, *El derrumbe de los ídolos. Crónicas de la ciudad* y *La ciudad oculta. 500 años de historias*. Además, De Mauleón recorre las calles de la capital con su programa *El foco* de Canal 40 —ha mostrado, por ejemplo, la condición actual de la casa más antigua de la Ciudad de México, ubicada en la calle Manzanares 25, en la zona de La Merced, construida con la misma técnica con la que se hacían casas en Tenochtitlán— y escribe una columna para el periódico *El Universal*, donde a veces hace crónica histórica.

Del lado de los historiadores están quienes han decidido ser más divulgadores que doctos, pero con un alto nivel de erudición, quienes nos enseñan que siempre se puede innovar al hacer crónica histórica y prescindir de los enormes

aparatos críticos, lo que no significa prescindir de las fuentes y documentos de consulta.

La historiadora, editora y periodista Bertha Hernández escribe cada domingo, para *La Crónica de Hoy*, su columna “Historia en vivo”, en la que narra episodios de México de todas épocas; conduce también el programa radiofónico de título homónimo en *Ciudadana 660* o *Radio Ciudadana* —XEDTL de Amplitud Modulada— del Instituto Mexicano de la Radio, donde, de manera “desenfadada y no por ello menos crítica y profunda”, aborda temas de historia reciente y tópicos como vidas de músicos, artistas y otros personajes. Bertha se considera a sí misma “adicta a la adrenalina de la historia presente” y busca “el equilibrio entre la amorosa presencia del pasado y la apasionada emergencia del presente”.

El prolífico escritor Paco Ignacio Taibo II, famoso por sus novelas del personaje Belascoarán Shayne, también incursiona en la crónica histórica a través de relatos de no ficción. Desde principios de la década de los ochenta coordinó junto con Sealtiel Alatraste 20 volúmenes de cómics llamados *México, historia de un pueblo*. En las siguientes décadas continuó su labor de narrativa histórica, con una visión enfocada a rescatar las luchas populares y sociales de los mexicanos en todos los tiempos. Entre sus más recientes libros están la tríada *Patria*, sobre acontecimientos ocurridos entre los años 1854-1867; *Los libros no reconocen rivales* en torno a la batalla del 5 de mayo de 1862; relatos sobre algunos de sus personajes preferidos: *El cura Hidalgo y sus amigos*; *Pancho Villa toma Zacatecas*; *Si Villa viviera, con López anduviera: La batalla de Zacatecas*; y *Pancho Villa: Una biografía narrativa*; heridas que aún duelen: *Temporada de zopilotes: Una historia narrativa sobre la Decena Trágica* y *Yaquis: Historia de una*

guerra popular y de un genocidio en México; o hechos desconocidos como la huelga del año 1922: *Inquilinos del DF, a colgar la rojinegra*.

Alejandro Rosas ha recorrido largo camino como divulgador de la historia —como él mismo se define—, labor en la que, sobre todo, ha sido un prolífico escritor de libros: *Mitos de la historia mexicana. De Hidalgo a Zedillo*, *De Tenochtitlán a la Nueva España*, *Cartas desde el Atlántico: El Titánic y la Revolución Mexicana*, *Anecdotario insólito de la historia mexicana*, *Sangre y fuego*, *José Vasconcelos*, *Charlas de café con Felipe Ángeles*, *99 Pasiones en la historia de México* y *365 días para conocer la historia de México*. En coautoría: *Muertes históricas: de Hidalgo a Trotsky* y *Presidentes de México* con José Manuel Villalpando; *El México que nos duele. Crónica de un país sin rumbo* con Ricardo Cayuela Gally; tres tomos de *Érase una vez México* con Sandra Molina; dos tomos de *México Bizarro* y uno de *Pandemia Bizarra* con Julio Patán. Rosas ha depurado un estilo narrativo claro, estructurado, a veces irónico, con pretensiones didácticas, lo que le permite explicar fenómenos históricos desde vertientes poco comprendidas por el común de la gente y con el propósito de desmitificar hechos que se dan por ciertos sin tener sustento histórico.

Editorial Clío ostenta el eslogan “La historia contemporánea de México al alcance de todos...”, se especializa en realizar documentales en video, muchos de los cuales tienen su complemento en libros publicados por Enrique Krauze y en publicaciones más parecidas a revistas ilustradas, con textos del propio Krauze, Javier Lara Bayón y otros, quienes hablan de personajes vinculados a la política, la economía, el deporte, el mundo empresarial o identificados como luchadores sociales; abordan también te-



mas de patrimonio cultural y artístico, medios de comunicación y espectáculos en general, siempre desde un punto de vista histórico y con un estilo narrativo pretendidamente educativo.

En el 2016, Libros UNAM comenzó la publicación de la serie Crónica dentro de la colección Literatura Mexicana. Hasta el 2021 se han publicado cuatro números. El segundo de ellos, del 2017, es una compilación de crónicas históricas realizada por Gustavo Jiménez Aguirre, profesor-investigador de la UNAM, que van de 1840 a 1920, con el fin de ofrecer “un panorama del origen, consolidación y auge de la crónica en México”, así como difundir la apreciación que hoy se tiene sobre cronistas del pasado (p. 9). De esta forma, por las páginas del libro pasan nombres como Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Antonio García Cubas, Juan de Dios Peza, Amado Nervo, Manuel Gutiérrez Nájera, Ignacio Manuel Altamirano, Luis González Obregón, José Juan Tablada, Ramón López Velarde, Justo Sierra, Laura Méndez de Cuenca y Enriqueta Camarillo.

La Colección “Historia Mínima” de El Colegio de México reúne colaboraciones de múltiples profesores e investigadores, quienes han realizado un gran esfuerzo de síntesis de diversos temas que cuentan con la mayor brevedad posible, lo que prácticamente convierte los textos en crónicas históricas sobre México: educación, economía, religión, partidos políticos, ideologías, revoluciones, violencia, democracia, literatura, artes, lenguas, migraciones, así como varios volúmenes con la historia ilustrada de México y reseñas sobre países y regiones del orbe: Brasil, Japón, Centroamérica, Unión Europea; entre muchos otros tópicos. Pero si bien son crónicas que, por lo general, prescinden de aparato crítico con la intención de que fluyan las descripciones, éstas son evaluadas con rigor académico, con la ventaja adicional de registrar fuentes de consulta e índices analíticos.

Por último, los autores de la colección “Para entender...” de Nostra Ediciones, al igual que las Historias Mínimas, realizan la síntesis de temáticas tan variadas como la cultura en ge-

neral y sus vertientes jurídica, política y administrativa; arte, economía, salud, literatura y sociología; temas misceláneos y de actualidad, según el punto de vista de los editores; además de biografías de escritores relevantes de México y el mundo. De igual forma, esta colección incluye un mínimo aparato crítico y fuentes de consulta, todo lo cual acerca a los textos a parecerse a crónicas con intenciones didácticas y lectura asequible.

\*\*\*

El panorama anterior ha tenido la intención de reflejar algunos ejemplos de lo que al día de hoy realizan autores y casas editoriales en materia de crónica histórica. Como he dicho, no ha tenido la pretensión de ser un estudio exhaustivo, sino de reflejar algunas tendencias y regularidades que han hecho que la crónica histórica siga vigente en nuestros días.

Además, se han sumado otras posibilidades: Jorge Pedro Uribe Llamas es un famoso

tuitero, reconocido en redes sociales por haberse caracterizado con avatares de personajes históricos mexicanos y escribir como si fuera alguno de ellos. Es un cronista que ha venido a refrescar la escritura y el lenguaje de la historia a través de relatos hechos con un estilo único, atractivo y accesible, a través de libros como *Novísima grandeza mexicana*, *Amor por la Ciudad de México* y *Crónicas de la verdadera conquista*.

Por supuesto hace falta llevar a cabo un mayor análisis en ciertas vertientes, como en las temáticas que se abordan actualmente. Por ejemplo, hoy están disponibles múltiples libros que relatan la historia del narcotráfico, el crimen organizado y sus protagonistas, temas de suyo difíciles pues, al ser actividades ilícitas, las fuentes no siempre están disponibles, por lo que muchos autores recurren más bien a la crónica literaria para contarlos; lo mismo que de fenómenos como pueblos originarios, migración, diversidad sexual, discapacidad y en general grupos vulnerables, temas abordados también en la crónica periodística; así como crónicas para públicos infantiles y juveniles, las cuales, por lo regular, son ilustradas, como la colección “Historias de verdad” de Nostra Ediciones.

#### Fuentes consultadas

- González y González, Luis (1999). “El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales”. *Históricas Digital*. núm. 1. 17-27.
- Matute, Álvaro (1997). “Crónica: historia o literatura”, *Historia Mexicana*, 46(4), 711-722.
- Jiménez Aguirre, Gustavo (2017). *Crónica*. núm. 2, Ciudad de México: UNAM.







## “Mole de caderas”, fotografía de una tradición

**E**n blanco y negro para aminorar la estridencia de la sangre, César Guzmán “Celacanto” captura imágenes de una tradición que involucra la cría, matanza y preparación de cientos de chivos. La preparación del mole de caderas, realizada desde hace un par de siglos en la mixteca, implicó en otros tiempos el sacrificio de alrededor de 80 mil animales, sin embargo, en la actualidad se ha reducido a dos lugares: Tehuacán y Huajuapán de León.

Zibaldone





Celacanto fue a este último sitio para registrar una tradición polémica y a través de la lente brindar una serie imágenes contrastantes no sólo por los claroscuros, sino por la propia experiencia de atestiguar el proceso.

Sin descuidar su pasión por la fotografía de paisaje, César se acerca a los pobladores y capta momentos específicos del ritual, por una parte el retrato de los hombres, mujeres y niños que forman parte de la tradición, pero también la acción cotidiana, que no repara en la presencia del fotógrafo, mostrando la naturalidad de las acciones.

Biólogo de profesión, Celacanto, se enfrenta al desafío de retratar la matanza de los chivos y hace con algunos detalles una panorámica de la tradición; rompe la crudeza con la estética y enfatiza, porque así le interesó hacerlo, el trabajo que desempeñan los integrantes de cerca de 300 familias que, anualmente, dependen de esta actividad, llevada a cabo entre octubre y noviembre en Huajuapán.

Esta serie de imágenes brinda, desde la perspectiva del fotógrafo, un asomo a lo que sucede, pero además, permite al espectador construir, con su propio criterio y valores, lo que no se mira, lo que completa la crónica fotográfica de esta manifestación cultural.







































## Tania Contreras, un discurso visual feminista

Desde hace varios años, Tania Contreras es reportera gráfica; su mirada a través de la lente aparece cada mañana en las páginas de los medios impresos para los que trabaja; ella retrata diversos temas: cultura, política, nota roja y deportes, pero, en esta edición, una de las fundadoras del Colectivo de Fotografía Mexiquense comparte su visión de algunas mujeres en la lucha por sus derechos.

Para Tania Contreras, las imágenes que captura son mensajes provenientes de la observación, son detalles o generalidades que las personas no alcanzan a mirar pero que su trabajo fotográfico recupera para mostrar. Sus discursos visuales dan espacio a manifestaciones con las que ella empatiza y que considera urgentes y prioritarias, tal como el movimiento feminista.

Las imágenes capturadas son también un esfuerzo por dar espacio en las diversas casas editoriales, por abrir las puertas para que el discurso de las mujeres llegue a más personas y pueda ser conocido, entendido y replicado.





MI CUERPO  
NO QUIERE  
TU  
OPINIÓN

















**NO**  
**crecer**  
**con**  
**voy**  
**de**  
**miedo**







## La envidia. Aforismos

MAURICIO CARRERA

**L**a envidia es la falta de compasión por aquellos que creemos tendrán distinta muerte.

Envidiar es el deseo rechazado de haber sido otro. Entre los inquisidores se demuestra con la tortura o la condenación eterna, entre los pusilánimes con querer que el mal le suceda al cabrón aquel o a la cabrona esa, entre los escritores como un adjetivo mal colocado en la torpe vanidad.

En la desgracia general, el envidioso cree ser feliz cuando imagina merecer lo que a otros les ha dado la canija suerte, la vertiginosa corrupción, la escasa inteligencia, la belleza heredada, la imperturbable salud, la inmerecida gloria o la riqueza mal habida.

Si es religioso, el que envidia sostiene que su infortunio se debe a una distracción divina.

Envidia es haberle dado a otro lo que a nosotros nos correspondía. Por eso los envidiosos se reconocen entre sí, pero se rechazan.

La admiración es la envidia sin el anhelo de robo, venganza, bilis desparramada. Es un homenaje a los demás sin el permanente fracaso del ego.

Envidiar es reconocer que los abrazos maternos fueron fríos, ausentes, desdeñosos, inútiles, fugitivos.

No creer en la otredad como abnegación, simpatía o compasión, eso es envidiar.

Envidiar es la intolerancia alquímica ante el culto a la solidaridad. Es fácil de reconocer en el dolor hepático, en el trastorno emocional que permanece insomne, en el dolor del alma como una patada en los huevos.

La envidia es frustrarse ante el distinto olor de la mierda del constipado vacío de los otros.

Envidiar a un escritor es reconocer la propia falta de talento. Es ambicionar las páginas de otro bajo el disfraz del desprecio. Es creer que se escribe mejor o igual, pero ahorrándose los procesos creativos, es decir la particular cuesta arriba de la vida y el tormento dulce y aterrador de la escritura.

A un escritor envidioso hay que pedirle escribir por lo menos una de las terribles o maravillosas páginas de quien envidia. Pretextará falta de tinta, una súbita diarrea, alguna urgencia médica, la oportuna muerte de una vieja amante o la pereza mental del “mi plumaje no es de esos”. Creerá salirse con la suya cuando su séquito le aplauda. Pondrá oídos sordos ante la palabra mediocre.

Los envidiosos no cambian, sólo se convierten en falsos aduladores o en linchadores agazapados en la masa de las redes sociales.

La envidia siempre denigra, a no ser que uno sea el envidioso.



## Segundo deseído

OSCAR "PUKY" GUTIÉRREZ

Que no sea  
por favor  
en una triste sala de hospital  
amarrado a cables e insensibles enfermeras.

Que tampoco sea —de improviso—  
en alguna aciaga carretera  
o en un asalto que termine  
en las crónicas obscenas  
de Telepaís o Notivisión  
(¡por Dios no, eso no!)

Que tampoco sea de viejito  
todo achacoso y desmemoriado  
y que implique —tal vez—  
un alivio para mis improbables hijos o nietos.

Que sea, en fin,  
en un luminoso día de noviembre  
con el sol como testigo  
y con la paz encerrada en mi alma.

Que sea en mi cuarto  
escuchando mi música (Silvio, Serrat, Sui o Simone)  
rodeado de las cosas y los seres  
que alumbraron mi fugaz existencia.

Deseo estar bien despierto.  
Voy a morir una sola vez  
y quiero disfrutarlo.



## Turismo de vos

Quizá comience visitando la plazuela  
[de tu boca

sus mutuas calles  
sus ocho esquinas  
su doble callejón rosado.

Ascenderé luego  
sin prisas  
hasta el arenal de tus ojos  
y me demoraré inventariando  
una a una tus pestañas.

Descenderé entonces  
por la doble vía de tu cuello  
hasta trepar a las altas torres de tu pecho  
visitaré sus mínimas catedrales  
y las sentiré erguirse  
como un par de promesas  
como un par de duendes  
como un par de tempestades  
como un par.

En mi inexorable viaje hacia el sur  
me demoraré  
silente y minucioso  
en cada una de las siete calles

[que conducen a tu ombligo  
esa mínima rotonda  
ese círculo de fuego  
ese trémulo mandala  
ese sol en miniatura.

A estas alturas (supongo)  
habrán ferias en tu plaza principal  
festividades del arroz con leche  
lluvias con sol  
mares de chilchi  
enjuagues de tímido vegetal.  
Deberé entonces averiguarlo  
por mí mismo  
es decir  
por mi boca.



Deslizaré mi lengua  
 lúbrica y descafeinada  
 por entre los pliegues de tu centro  
 desatando  
 hábil serpiente  
 desconocidas lluvias privadas.

Degustaré el jugo de tu cántaro  
 ese maracuyá angélico  
 el cantar de los cantares  
 ese tujuré bendito.

Luego mi lengua  
 ya ávida  
 ya sabia  
 ya cansada  
 levantará testimonio de tus piernas  
 de tus pies  
 de tus dedos.

Finalmente (tengo la certeza)  
 terminaré tropezando  
 cara a cara con tu alma  
 mientras recorro  
 los suburbios de tu cuerpo.

## Inventario 85

BERSAIN LEJARZA ABALLEYRA

**B**ajo cama, una muñeca no sabe que ahora es huérfana.  
 Un perro de patas naranjas rasca entre ladrillos.  
 Sobre la almohada una roca sin cabellera dormita.  
 Un teléfono descolgado ya no recibe llamadas.  
 Ha caído el cable que sostenía a una familia de zapatos.  
 No quiero imaginar lo oscura que será esta noche.

## Fiebre

**B**ajo la almohada  
 las tijeras duermen en cruz,  
 sus navajas sueñan el óxido  
 hasta manchar el cabello.  
 Las moscas arrullan mi carne  
 que nació para el polvo.  
 Se anticipa el infierno,  
 la fiebre me hace cenizas.

## Sobre las pérdidas

SANDRA URIBE PÉREZ

Inútil el vuelo de la voz  
cuando su ancha desnudez  
se ofrece al tacto del silencio.

Inútil el río de la escritura  
su palpito desquiciado  
el aire de las palabras  
y su ilación con el vacío.

Inútil permanecer en la orilla  
atado a la memoria de lo que no es.  
Inútil respirar lo que no existe.

## Contemplación

“Tendrías que habituarte a mirar  
las palabras  
como ojos que te miran”

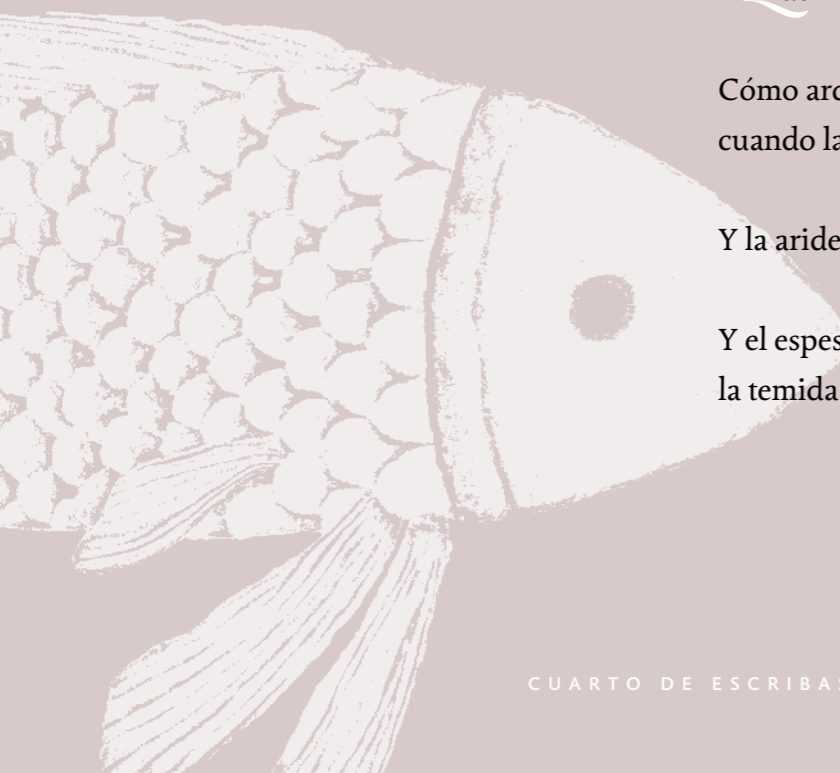
EDMOND JABÈS

Qué mirada punzante

Cómo arde la lengua  
cuando las palabras me miran

Y la aridez de la saliva

Y el espeso río de la voz:  
la temida desembocadura del silencio



## Semblanzas

**MAURICIO CARRERA.** Ensayista y narrador nacido en la Ciudad de México. Estudió periodismo y comunicación colectiva en la UNAM, es maestro en Literatura española por la Universidad de Washington. Se desempeñó como subdirector editorial de Divulgación en el INAH. Ha sido profesor, locutor y guionista en Radio Educación y TV UNAM. Becario y ganador de numerosos premios literarios como el Nacional de Cuento Rafael Ramírez Heredia, el Certamen Internacional Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz, el Premio Valladolid a las Letras, el Premio Bellas Artes de Ensayo Literario Malcolm Lowry, entre muchos otros. Autor de un gran número de libros.

**OSCAR “PUKY” GUTIÉRREZ.** Originario de Bolivia. Poeta, gestor cultural, facilitador de talleres y corrector de textos. Tiene siete libros publicados en los alrededores de la poesía; ganador de dos concursos nacionales de literatura. Ha participado en diversos encuentros de poetas; parte de su obra ha sido traducida al italiano, al catalán y al griego. Coordina “Poesía en la Calleja”, una exitosa “travesura literaria”.

**CÉSAR GUZMÁN “CELACANTO.”** Biólogo de formación, con una maestría en ecología. Ha participado en diversas exposiciones y recibido premios como el segundo lugar del concurso “México en una imagen 2015”, el tercer lugar en “El día de la virgen de Guadalupe 2015”, entre otros. Su trabajo fue catalogado por el Comité Fotográfico Mexicano dentro de

los 100 mejores de paisaje y naturaleza. Su principales intereses radican en la fotografía de paisaje, el retrato y la fotografía documental.

**JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA.** Nació en Tasquillo, Hidalgo. Periodista, escritor y docente, autor de más de una treintena de libros en los géneros de narrativa, crónica y ensayo. Fue miembro de la primera generación de becarios del Centro Toluqueño de Escritores; recibió la presea Estado de México José María Cos en periodismo e información 2001, y la presea Ignacio Manuel Altamirano, otorgada por la UAEMéx en 2011. Es profesor-investigador en la Facultad de Humanidades de la universidad estatal, su línea de investigación es el sistema literario mexicano.

**BERSAIN LEJARZA ABELLEYRA.** Guionista y profesor de teatro, inició con la puesta en escena de Senderos del Minotauro en 1997 en el CCH Vallejo; egresado del diplomado de creación literaria SOGEM 2003-2005; tallerista en Casa de Cultura de Santa María la Ribera, IMSS, SEDESOL, Casa de Cultura de Tepeji del Río. Colaborador y consejo editorial de revista *Convocatoria* (2009-2010). Dirección del suplemento cultural de la revista *Propuesta* (2011-2015). Autor de diversas publicaciones de poesía, teatro y cómic.



**PATRICIA RAMÍREZ ÁNGELES.** Dedicada a actividades relacionadas con el lenguaje y la literatura, ha llevado sus inclinaciones profesionales por el camino del periodismo y la edición, así como de la corrección de estilo y la docencia. Egresada de la licenciatura en Letras Latinoamericanas de la UAEMéx y de la Escuela de Escritores del Estado de México. Actualmente se desempeña como periodista independiente y colabora en distintos medios de comunicación.

**MAITE RODRÍGUEZ.** Arquitecta egresada de la UAEMéx. Comenzó su trayectoria como ilustradora de manera independiente, basándose en técnicas de representación arquitectónica y usando principalmente la acuarela. Ha colaborado con galerías como Bernardini art gallery y galería Pedro Ávila. Su obra responde a escenarios ficticios y situaciones fantásticas que transportan a mundos imaginarios.

**RODRIGO SÁNCHEZ ARCE.** Escritor, politólogo e investigador. Se ha desempeñado como servidor público durante 25 años en los gobiernos federal y estatal, así como en el Instituto Electoral del Estado de México (IEEM). Es articulista y comentarista sobre temas de paz, no violencia, historia, cultura y relaciones internacionales en diversos medios impresos y electrónicos, así como en libros colectivos. Es autor y colaborador en publicaciones del Fondo Edi-

torial Estado de México (FOEM) y del Ayuntamiento de Toluca. Actualmente forma parte del Comité Técnico del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal (CEAPE).

**SANDRA URIBE PÉREZ.** De Bogotá. Poeta, narradora y periodista, arquitecta, especialista en Entornos virtuales de aprendizaje y magíster en Estudios de la Cultura con mención en Literatura Hispanoamericana. Ha publicado los libros de poesía *Uno & Dios* (1996), *Catálogo de fantasmas en orden crono-ilógico* (1997), *Sola sin tilde* (2003), *Sola sin tilde – Orthography of solitude* (2008), *Círculo de silencio* (2012), *Raíces de lo invisible* (2018) y *La casa, Antología* (2018). Parte de su obra ha sido traducida al inglés, italiano, francés, portugués, griego y estonio.

**TANIA CONTRERAS.** Egresada de la licenciatura en Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEMéx; se ha desempeñado como reportera gráfica en coberturas de temas como política, cultura, deportes, nota roja y movimientos sociales para diversas empresas periodísticas. Mercedora de la presea Manuel Buendía al mérito fotoperiodístico por la Asociación de Periodistas del Valle de Toluca. Es una de las coordinadoras de la muestra colectiva *Miradas 8M* y del Colectivo de Fotografía Mexiquense.









**foem**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la "voz de proscenio"...

JUAN VILLORO

ISSN: 2154-3630